

CLARO DE LUNA

CLARO DE LUNA

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998

CLARO DE LUNA

Ayer la escuchó tocar el piano, igual que las últimas seis noches. No puedo estar equivocado, se dijo, es ella que ha regresado. Después de tantos años regresó a mi lado. Juro que no estoy loco o que son figuraciones por la edad. Caminó frente su casa, lo hizo con miedo, con temor a que lo vieran y ella escapara como escapó esa vez. Del balcón, donde tantas veces le juró amor, cayeron sobre él, cual bandada de pájaros, las notas musicales inundándolo de dicha.

Debe seguir siendo bella como cuando la conocí y me enamoré: tallo esbelto como un lirio, ojos enormes enmarcados por dos cascadas de negras pestañas, cabello oscuro como la noche deslizándose en ondas sobre su espalda, una maravillosa piel que de tan suave y blanca sólo los pétalos se atreven a tocarla...y manos, manos de dedos largos y finos que al acariciar los marfiles del piano producen una música excelsa. No puedo más, si no me es dado contemplarla mi corazón va a estallar como un globo en manos de un niño. Hoy ha tocado el Claro de Luna. Sólo ella es capaz de hacerlo en esa forma apasionada. Me llama a su lado, son palabras de amor transformadas en melodía. Son palabras que perdonan todo nuestro pasado, mi abandono, mi torpeza.

Corrió hacia la casa ya no importándole si era visto o no. Lo principal era estar junto a ella. Para su sorpresa el gran portón se encontraba entornado. Atravesó el patio donde se alineaban macetas rotas junto a botellas vacías, subió la corta escalera apoyándose en lo que quedaba del barandal de fierro. Al fin pudo verla. No estaba equivocado. A través del vidrio opaco de su ventana, y a pesar de las tinieblas del cuarto iluminado sólo por una vela, alcanzó a contemplar su hermosa cabeza. Qué prestancia. Su cabello es el mismo: largo, sedoso, negro. No importa no haber distinguido el rostro. Con lo que pudo observar le bastó. La música cesó y su corazón dio un vuelco pensando que se hubiera ido, que hubiera desaparecido. Y sí, ya no estaba sentada frente al piano. No dejaré que otra vez se pierda, se dijo, voy a entrar a rendirme a sus pies, voy a decirle que soy suyo mientras tenga yo vida.

CLARO DE LUNA

. Cruzó el largo pasillo, y con seguridad, como si hubiera estado en este sitio cientos de veces, entró en la sala. Ella no se encontraba en el lugar pero sí estaba el piano. Un mueble antiguo, solemne, bello. No le importó que el resto del mobiliario fuera escaso y maltratado, ni que sobre la mesa del centro se encontraran varios ceniceros llenos de colillas y revistas atrasadas. Se sentó y pulsó las teclas. Los soles y fas sostenidos la llamaban. En cualquier momento tendría que aparecer del mismo modo que el Claro de Luna lo trajo a él. Su corazón latía con fuerza, como hace años no lo hacía. Al fin iban a ser lo que soñaron y que las circunstancias impidieron. La vida terminó por reparar la terrible injusticia.

No se atrevió a volver la cabeza al oír que alguien se colocaba a su espalda. Cerró los ojos y sus manos empezaron a acariciar el piano. Nunca antes había tocado a Debussi de esta forma. Una voz ronca lo interrumpió. ¿Usted también toca esto?

Tambaleante se puso de pie. Tomó su sombrero con una mano y con la otra el bastón. Cerró los ojos y contestó que sí. Se hizo un largo silencio. La persona situada a su espalda encendió un cigarrillo. Él se retiró del lugar para cederlo. Un joven barbudo se sentó sin preguntar nada. Pues a mí me repatea, dijo, es de lo más cursi, pero me obligan a tocarlo. Lo mío es el jazz. Eso sí es música. Siéntate por ahí para que escuches lo que es bueno.

El anciano no pudo reprimir un sollozo cuando el joven se puso a golpear el piano mientras arrojaba bocanadas de humo de su boca y su larga y negra cabellera se movía frenéticamente de un lado a otro.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

1998